

BIBLIOTECA
FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO



EL DIOS JAGUAR

Luciérnaga

BIBLIOTECA
FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO

EL DIOS JAGUAR



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Fernando Jiménez del Oso

© Espacio y Tiempo, S. A.

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño
Área Editorial Grupo Planeta
Imágenes de cubierta © Shutterstock

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: septiembre de 2016

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-19-8
Depósito legal: B. 11.952-2016

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

CAPÍTULO I	
Teotihuacán	11
CAPÍTULO II	
Los sacerdotes de Teotihuacán	23
CAPÍTULO III	
Los hombres Jaguar	35
CAPÍTULO IV	
Los mayas o los hombres verdaderos	51
CAPÍTULO V	
Ciudades del silencio y templos del tiempo	67
CAPÍTULO VI	
La ciudad sagrada de Palenque	81
CAPÍTULO VII	
En el Templo de las Inscripciones	97
CAPÍTULO VIII	
Chichén-Itzá	113
CAPÍTULO XIX	
El juego de pelota a muerte de Chichén-Itzá	129
CAPÍTULO X	
El regreso de Quetzalcóatl	143
CAPÍTULO XI	
Tenochtitlán	157

TEOTIHUACÁN

El hombre, más allá de los últimos ocho o diez mil años, es un enigma. Como ciegos que tratan de imaginarse un paisaje, no podemos hacer otra cosa sino lanzar hipótesis o aventurar conjeturas sobre los que nos precedieron, sobre aquellos que estaban aquí mucho antes de que nosotros llegáramos. Construimos nuestra idea del pasado partiendo de trozos de cerámica, de puntas de flecha, de hachas de pedernal, y con esas piezas tan escasas componemos rompecabezas cada vez más complejos, hasta que surge una pieza nueva y todo eso que habíamos imaginado del pasado se desmorona y nos vemos obligados a comenzar de nuevo. Por mucho que se empeñen algunos paleontólogos, ni siquiera podemos afirmar rotundamente que el hombre lleve sobre este planeta medio millón de años, un millón o cien millones de años; saberlo depende de la casualidad, del hallazgo afortunado de un diente o de un trozo de hueso en un yacimiento de carbón. Por eso, al hablar del origen del hombre americano, debemos aplicar las mismas reservas que al enjuiciar cualquier acontecimiento del pasado remoto: no se puede afirmar tajantemente de dón-

de procedía ni cuándo llegó allí. Así pues, comencemos con una conjetura razonable. Es razonable suponer que el hombre americano no es de ese continente, sino que llegó allí procedente de otro lugar. Hace más de 25.000 y menos de 40.000 años, en la época que denominamos Paleolítico Superior, el estrecho de Bering, que hoy separa Siberia de Alaska, era un puente de hielo que unía ambos continentes: grandes masas de agua estaban retenidas en forma de glaciares y el paso de Eurasia a América era entonces posible.

Llevados por el instinto o por el hambre, empujados por el clima, o siguiendo el rastro de la caza, grupos de nómadas fueron atravesando ese puente temporal y adentrándose, sin saberlo, en un continente despoblado y virgen. Lentamente, siglo a siglo, milenio a milenio, los viejos vagabundos, que ya eran americanos, fueron poblando las nuevas tierras: unos se establecieron donde el lugar era propicio; otros continuaron hacia el sur, en una pausada peregrinación, dejando atrás paisajes y generaciones. Pescando en los ríos o acosando al mamut –dispensador de carne y vestido–, abandonando a su paso el testimonio de un hacha de pedernal o un trozo de tosca vasija, los descendientes de aquellos lejanos eurasiáticos fueron poblando América de norte a sur y, al hacerlo, gestaron culturas cada vez más complejas, más expresivas, más llenas de arte y de intención. Los recipientes de barro dejaron de ser simples objetos para transformarse en un medio donde plasmar sus conceptos estéticos, sus gustos, sus costumbres; a la función útil se unió la decorativa. De cazadores, se convirtieron en agricultores y, con ello, ganaron tiempo para tejer,

modelar o pintar; ya no fueron las gentes anónimas que antes eran, porque en esas muestras de su arte, a veces ingenuo y a veces sorprendente, nos dejaron datos con los que saber cuál era su vida, cuáles sus creencias, cómo se vestían o cómo se peinaban. Con ellos, el pasado de América dejó de ser oscuro y se transformó en Historia. Una historia que, no por serlo, resulta del todo conocida; hay demasiadas lagunas, demasiadas contradicciones, como para poder establecer de qué forma se fueron creando las culturas americanas; lo frecuente es que el arqueólogo se encuentre con ellas ya maduras, espléndidas, sin que quede claro cuál fue el camino recorrido hasta alcanzar esa madurez. Esto es, precisamente, lo que sucede con Teotihuacán.

A pocos kilómetros de la capital de México, visitada por millares de turistas, tan inevitable para el que viaja al país como la Acrópolis para el que va a Grecia, Teotihuacán no ha cedido ni un ápice de su misterio y sigue siendo tan desconocida y fantástica como cuando los aztecas la visitaron por primera vez. Construida por hombres y habitada, en su tiempo, por hombres, Teotihuacán sigue siendo la «ciudad de los dioses». Hace mil doscientos años que esta ciudad de nombre desconocido fue abandonada; la más grande del pasado mexicano, la más colosal del continente, abandonada y vacía siete siglos antes de que Colón llegara a América, como si sus habitantes hubiesen comprendido que era ya hora de devolverla a los dioses, y de que sólo ellos paseasen por sus avenidas o contemplaran su obra desde lo alto de las pirámides. Ese día las gentes de Teotihuacán se fueron y la ciudad

quedó vacía, abierta al sol, a la noche y al viento sin soportar la presencia del insignificante humano; muerta y en silencio, evitada por los caminantes; cargándose de leyenda a medida que sus muros se desmoronaban.

Cuando llegaron los aztecas, el pueblo guerrero que desconocía el miedo, contuvieron la respiración, abrumados por la grandeza de las ruinas, y, como ya nadie sabía su nombre, bautizaron a la ciudad con el que da medida de su asombro: Teotihuacán, que en lengua náhuatl significa «el lugar donde los hombres se convierten en dioses», y dedujeron que plataformas y pirámides eran tumbas y que quienes en ellas estaban enterrados se habían incorporado al panteón de las divinidades. No podía ser de otra forma si se juzgaba por la grandeza de los mausoleos.

Pero no fueron los aztecas los primeros en dar a Teotihuacán su carácter legendario; antes que ellos, otros pueblos mesoamericanos habían recibido la misma impresión frente a las ruinas colosales, y creyeron que en esta ciudad muerta los dioses habían planificado la creación sacrificándose por amor al hombre, dándole el calor del sol y la luz plateada de la luna. Nanauatzin se consumió arrojándose al fuego, o en su propio fuego interior, y se transformó en el Sol. La mayor pirámide de Teotihuacán fue construida en recuerdo del tal sacrificio, y por ello es conocida como «la pirámide del Sol». Fiel compañera, Tecciztecatl, su esposa, también se consumió, en beneficio de los hombres, transformándose en la Luna. A ella está dedicada la otra pirámide, al final de «la calzada de los muertos». Ambas son de tal magnitud que justifican con

creces estas y otras leyendas, como la ciudad misma, más a la medida de dioses que de hombres.

Cuando en la vieja Europa Constantino el Grande reinaba sobre el Imperio romano, allá por el año 324, esta urbe, de nombre desconocido, a la que llamamos Teotihuacán, era más extensa que Roma y habitaban en ella 200.000 personas. Ya había gentes allí 500 años antes de Cristo, y al comienzo de nuestra era se había iniciado la construcción de los principales edificios. Situada en un valle estratégico, que da paso a esa antigua zona de lagos donde ahora se levanta la capital de México, Teotihuacán conoció un crecimiento vertiginoso, convirtiéndose en un centro de comercio en el que podía encontrarse cuanto de interés producía Mesoamérica. Donde hoy compran los turistas, se vendían muy distintas mercancías: obsidiana procedente del cerro de la Navaja, jade traído del Sur, bermellón para las vasijas, llegado desde los confines mayas, algodón huasteca y totoneca. Teotihuacán lo recibía todo, lo elaboraba, comerciaba con ello. A su reclamo, acudían artesanos desde los cuatro puntos cardinales y los agricultores encontraban destino para su mercancía; era una ciudad para comerciar y para rendir culto a los dioses.

Enfrente de lo que fue mercado está: «la ciudadela», que, aunque lleva este nombre, no es tal, sino un conjunto ceremonial, iniciado con la ciudad misma y que fue creciendo con ella hasta ser su centro espiritual y el de todo el valle de México. Plataformas, terrazas, y escalinatas. El escenario solemne para unas ceremonias que ya ni siquiera podemos imaginar, vacío hoy de rezos e invocaciones, sin el humo de fuegos que

pretendían ser eternos. Un escenario sin decorados ni actores, sin que ya nadie recuerde cuál era el último argumento representado. Un lugar para turistas y arqueólogos profanadores. Como siempre, la piedra gris desnuda del estuco que la vistió en otro tiempo de brillantes colores.

Contemplada así, la pirámide de Quetzalcóatl, medio derrumbada al final de la ciudadela, en nada recuerda a su aspecto de antaño; sus místicas cabezas de piedra parecen las de animales cansados, vencidos por el tiempo. Pero fueron imponentes y amenazadoras, aunque su forma bestial no resultase otra cosa que el símbolo de las fuerzas de la Naturaleza despertando con la tierra en cada primavera. «Serpientes emplumadas», que no son tales. De perfil, la profunda comisura de la boca, la alargada mandíbula, sugieren una serpiente, pero desde otra perspectiva su aspecto cambia. Ojos y nariz ya no son, por su forma y colocación, de serpiente, sino de felino, de jaguar, como corresponde a un animal cuyos colmillos inferiores emergen poderosos; ¿o es, pese a todo, serpiente, como se infiere de su lengua bífida?

Los escultores de Teotihuacán sintetizaron en una sola forma serpiente y jaguar: el sol diurno y el sol en su tránsito nocturno. El generador de vida surgiendo, no de una corona de plumas, sino de hojas. En el relieve que recorre la plataforma sí es serpiente de cascabel y su cuerpo está cubierto de plumas. Por eso llaman al edificio «la pirámide de QUETZALCÓATL», la serpiente emplumada, aunque es probable que nada tenga que ver con el dios de los toltecas que siglos después reinaría en Mesoamérica. No sabemos a qué dios estuvo realmente dedicada, ni quién es el que aparece representan-

do en las otras cabezas pintorescas, identificado por algunos con TLALOC, el dios de la lluvia, y por otros con un dios zapoteca, de nombre desconocido, al que llaman «el dios del moño en el tocado». Símbolos y formas que representan un concepto, como en tiempos fue el pez, o la paloma, para los cristianos. Cuando juzgamos el pasado, solemos hacerlo de forma ingenua, como si el hombre antiguo, por el hecho de serlo, careciese de sentido común, y si encontramos en la ruinas de sus templos representaciones de serpientes, deducimos que adoraban a los ofidios. Y tal vez fuera así para una parte del pueblo, necesitado ayer como hoy de concretar su fe o sus peticiones en dioses con formas definidas, en imágenes que puedan verse y tocarse.

La fe popular, manipulada antes, como ahora, por las castas sacerdotales y manifestada en romerías y en otros actos multitudinarios, en devociones a determinada imagen o lienzo, puede considerarse benévolamente como ingenua o sincera, pero es fundamentalmente irracional y fanática. La religión, el conocimiento de la existencia de fuerzas superiores y de los métodos para encauzar esas fuerzas o hacerlas propicias, es otra cosa. Los sacerdotes de la vieja urbe lo sabían bien, y eso les dio prestigio y poder; ellos sí entendían de símbolos, de fechas, de medidas, y, cuando decidían dónde y cómo se debía construir el templo, es porque sabían cuál era su función. Nosotros la desconocemos, por eso nos limitamos a considerar la forma, la envoltura de esas religiones. Es poco, muy poco, lo que conocemos sobre las creencias y conocimientos de quienes edificaron Teotihuacán. Pese a cumplirse un siglo

de trabajos arqueológicos en las ruinas, sólo una mínima parte de la ciudad ha sido excavada científicamente. Eso significa que, aunque saqueada por buscadores de tesoros y desmantelada en parte para utilizar sus piedras en la construcción de casas o de iglesias, Teotihuacán conserva aún muchos de sus secretos. Vamos a desvelar a continuación uno de ellos; el que dormía enterrado bajo la pirámide de Quetzalcóatl, mantenido en la oscuridad y el silencio durante dieciocho siglos, una historia siniestra, un episodio desconocido de la primera etapa de Teotihuacán que en nada ennoblece a sus constructores. No es fácil comprender cómo puede el hombre conciliar dos facetas tan opuestas de sí mismo: ser capaz de levantar grandiosos monumentos, solucionar con su sola razón los mil problemas que ello entraña y, al mismo tiempo, sustentar esas construcciones con el primitivo espíritu de barbarie que desprecia la vida de otro hombre. En la base de la pirámide de Quetzalcóatl se han hallado los restos de unos sesenta hombres, en posición de decúbito lateral o sentados con las manos a la espalda, probablemente enterrados vivos, acaso sacrificados en el último momento. Ellos son parte de los cimientos de Teotihuacán, la ciudad abandonada hace 1.200 años.

Los arqueólogos Saburo Sugiyama y Rubén Cabrera Castro han confirmado, con las excavaciones que están llevando a cabo, que los depósitos de restos coinciden con la época de construcción del templo de Quetzalcóatl, hace unos 1.800 años. En el siglo II de nuestra era, cuando se erigió el templo, se consumaron los sacrificios. Por la posición en que se encuentran, por su indumentaria y su edad, y por el hecho de

ser todos restos de hombres, los expertos piensan que eran guerreros inmolados como sacrificio ritual en la fundación del templo. La excavación, efectuada bajo el nivel superior del edificio -17 metros- para hallar la infraestructura de la pirámide primitiva, ha hecho aparecer sus tumbas.